



Revista mensual de
sociedad y cultura



30 DÍAS



Año 1, número 3
febrero de 1984



Precio: S/. 1,900



IU EN EL CONCEJO: ATRAPADOS CON SALIDA

ARREGLO DE BEAGLE: ¿CERCO AL PERU?

ARMANDO VILLANUEVA: "ES MAS FACIL ENTENDERSE CON BARRANTES"

LOS BARES QUE YA NO BEBEREMOS

PIRATAS Y AVENTUREROS DE NUESTRA INFANCIA

INVASIONES Y DESALOJOS: AVES SIN NIDO

EL DESPOTISMO EN LA HISTORIA

Alberto Flores Galindo

El estalinismo como sinónimo de terror social ha congregado una amplia bibliografía, donde el tono predominante ha sido la denuncia y el rechazo ético, pero en cambio los esfuerzos por comprender y desmontar sus mecanismos han sido menos frecuentes.

Casi desde los inicios del fenómeno se esbozaron dos interpretaciones posibles. La primera veía la prefiguración del estalinismo en los escritos de Lenin y antes, en los textos del propio Marx: el estalinismo revelaría una profunda fractura en la construcción teórica marxista. Esta visión no era fácil de aceptar no sólo porque pretendía recusar al marxismo en bloque, sino además porque condenaba a los hombres y los acontecimientos históricos a la condición de simples marionetas de las ideas, en una especie de providencialismo negativo: la historia como realización de una ideología nefasta. Por el contrario, otras interpretaciones trataron de buscar alguna explicación posible en los mismos acontecimientos y recordaron el atraso de Rusia (quizá exagerándolo), la terrible miseria que asoló a la URSS en sus primeros años, el fracaso de las revoluciones en Alemania o Hungría y, desde luego, el cerco de las potencias europeas sobre los soviets. En cierta manera el estalinismo terminaba definido como un hecho accidental. De no haber mediado esas condiciones, el fenómeno no se habría producido.

En el decenio de 1930, quien más se esforzó por pensar históricamente el estalinismo fue precisamente Trotsky, pero fue también quien más contribuyó a confundir el fenómeno político y social con los rasgos psicológicos de su principal (pero no único) protagonista. Sin embargo, en 1939, cuando apenas se iniciaba la Segunda Guerra Mundial, en uno de sus últimos textos (Trotsky sería asesinado al año siguiente), planteó una interpretación radicalmente diferente. El capitalismo estaba en decadencia pero si no se producía una revolución proletaria en Europa occidental, el socialismo sería reemplazado por un sistema burocrático de explotación. A este mismo desenlace se llegaría si de producirse alguna revolución los obreros no conseguían retener el poder como en Rusia y terminaban cediéndolo a alguna burocracia privilegiada. "Nos veríamos obligados a reconocer que... (el estalinismo) no tenía sus raíces en el atraso del país ni en el medio ambiente imperialista, sino en la incapacidad congénita del proletariado para convertirse en clase gobernante. Entonces sería necesario establecer retrospectivamente que... la URSS de nuestros días fue la precursora de un nuevo sistema universal de explotación". Todas estas consideraciones —en la soledad de su exilio mexicano en Coyoacán— lo llevaban a concluir en una de las hipótesis más desalentadoras que ha podido formular un marxista: "...no quedaría más remedio que reconocer abiertamente que el programa socialista basado en las contradicciones internas de la sociedad capitalista, se había esfumado como una utopía".

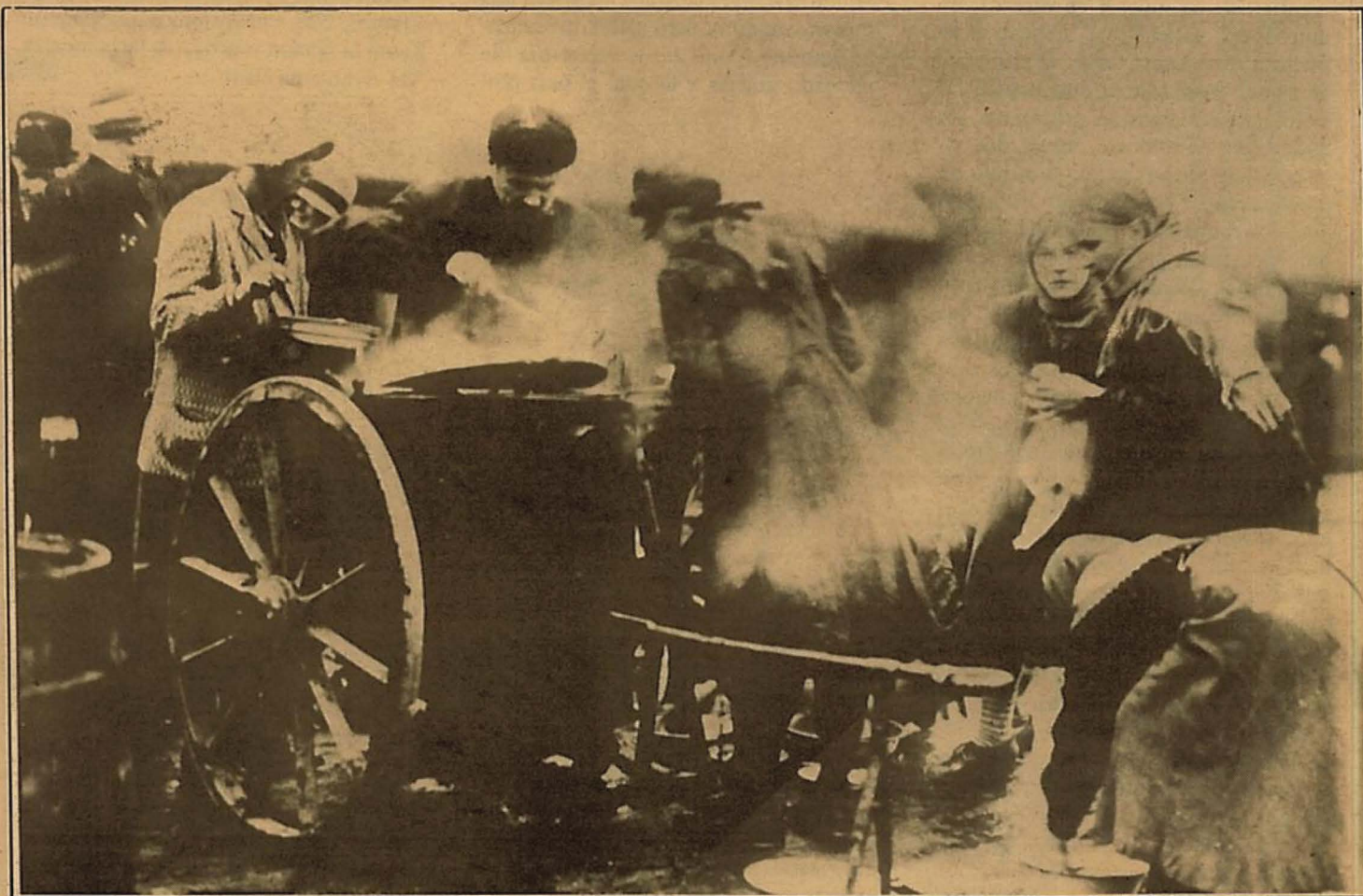
En cierta ocasión, cuando leí la cita anterior a un seguidor de Trotsky, éste

puso en duda la autenticidad de la fuente. Esas dudas fueron desechadas por el historiador Isaac Deutscher, quien la reproduce in-extenso, consciente de toda su "trágica solemnidad". Trotsky, cuando se iniciaba una nueva conflagración mundial, con su Internacional casi exterminada, más aislado que nunca, siente que el socialismo puede haber sido un terrible fracaso histórico, pero a diferencia de cualquier disidente contemporáneo, no se trata de alguien que abdique de la revolución y se resigna ante la tragedia. De

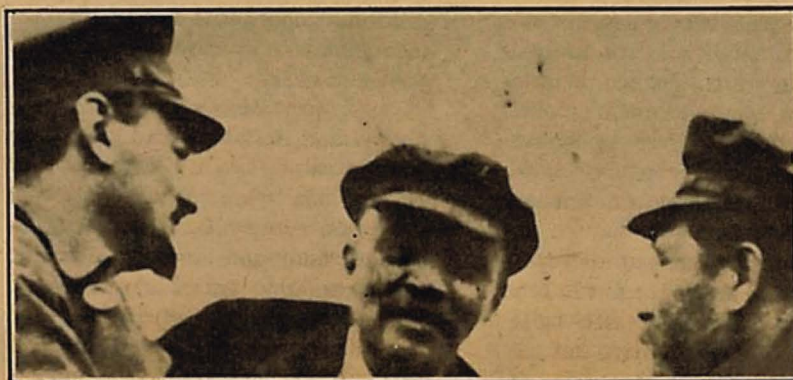
realizarse sus predicciones habría que arrojar al marxismo por la borda pero para construir un nuevo instrumento que defendiera a los "esclavos del sistema burocrático totalitario".

Fue este sistema burocrático totalitario el tema de estudio e investigación de Karl Wittfogel. Generalmente se lo recuerda cuando en los años 50 se llenó de oprobio colaborando con McCarthy. Pero años atrás había estado precisamente en la trinchera opuesta. Nacido en una localidad rural de Alemania en 1896, a los

22 años ingresó a la Social Democracia. En 1920 se traslada al Partido Comunista y se vincula con Karl Korsh y Georgy Lukács. Abandona una temprana afición teatral para incursionar en la sociología, y dentro de los marcos de la Internacional Comunista comienza a interesarse por los pueblos de oriente, en particular por China. Su primer libro importante es editado en 1931. Ese mismo año sus tesis son condenadas por la Internacional. Wittfogel recusaba el modelo unilineal de la historia universal que veía una marcha continua desde el comunismo primitivo al socialismo. Cuestionaba también la idea del progreso. Quería romper con esa tentación europeocentrista del marxismo. Pero otra de sus preocupaciones reiteradas sería entender a la revolución de octubre.



Fueron años terribles, terminaba la utopía.



En la foto, Lenin conversa con Trotsky.

Estos problemas lo acompañarían por un itinerario difícil: preso en diversos campos de concentración nazis, exilado en los Estados Unidos, viajero e investigador en China (1935-1937). Fue madurando poco a poco una obra que recién sería publicada en 1957: *El despotismo oriental*. Allí recoge esta tradición marxista a favor de la historia universal y en ese marco pretende analizar el fenómeno de la dictadura y la opresión estatal.

El despotismo oriental fue la forma más dura de poder absoluto. En Egipto, Mesopotamia, o China, las condiciones

naturales (escasez de tierra y agua) obligaron al desarrollo de grandes obras de infraestructura, posibles sólo a costa (dada la escasa tecnificación de esas sociedades) de la explotación masiva de los campesinos: una servidumbre generalizada, donde los siervos no dependían de varios señores sino de un solo amo: el Estado, alrededor del cual (otra necesidad de la infraestructura hidráulica) crecía una poderosa burocracia. Estas sociedades asiáticas eran mundos estáticos, en los que no resultaba posible introducir nociones voluntaristas como lucha de clases, y donde por lo tanto el cambio no aparecía en el horizonte.

El tema del despotismo oriental —siguiendo a Wittfogel—, fue rescatado de los textos marxistas por el propio Lenin, quien al final de su vida temió un renacimiento de la herencia despótica subyacente en el pasado ruso. No fue esto exactamente lo que sucedió. La revolución de febrero representó un proyecto auténticamente democrático. Pero en el octubre ruso —según Wittfogel también— los rasgos democráticos iniciales comenzaron a ser desmontados para derivar hacia un modelo que combinó los elementos modernos de la industrialización con la antigua regimentación despótica. De esta manera, razonado el socialismo en el interior de una historia milenaria y universal —en el largo plazo— aparecía como



Los primeros años de la revolución de octubre: entre el poder y el sueño.

parte de un enfrentamiento maniqueo entre libertad y esclavitud o como una rama peculiar del viejo despotismo asiático. Del marxismo, Wittfogel se fue trasladando a la trinchera opuesta. Pero la mayor paradoja es que este intelectual obsesionado por la libertad, que viaja del este hacia el oeste, en dirección opuesta a los “compañeros de ruta”, termina construyendo una visión determinista de la historia, donde los hombres no consiguen superar a las limitaciones ecológicas y terminan dominados por la tecnología.

Hay libros importantes por los lectores que congregan, otros lo son por las tesis que argumentan. En el caso de *El despotismo oriental*, lo importante fue el problema que planteó y todo lo que alcanzó a sugerir como posible revisión de la historia universal. Alrededor de Wittfogel, con los años, fueron apareciendo textos de Chesnaux, Godelier, Hobsbawm, Sofri, Mandel, ediciones de manuscritos de Marx, etc. El tema interesaba también para América Latina donde Aztecas o Incas podían ser otro ejemplo de civilizaciones hidráulicas. Hemos señalado, líneas atrás, la perspectiva universal que tuvo la reflexión de Wittfogel, aunque allí también tendría otro fracaso. Esa visión estática del oriente no permite entender las revoluciones contemporáneas (las permanencias ocultan el cambio) y termina siendo tributaria de una perspectiva en definitiva

occidental.

En efecto, el mundo contemporáneo aparece escindido por el enfrentamiento entre la libertad y el esclavismo burocrático. Aunque Wittfogel creía argumentar en favor de una visión multilineal de la historia, terminó avalando en realidad una visión dual, donde quedaba de un lado Occidente con sus tradiciones democráticas y del otro las dos terceras partes de la humanidad.

Estamos ante una de esas visiones maniqueas de la historia universal que terminaron incorporadas al espíritu de cruzada anticomunista que recorrió a los Estados Unidos durante los años 50. Alguien dirá que es el destino previsible de quien había abandonado las filas de la Internacional (“fuera del partido no hay salvación”). Lo cierto es que, como ocurre con muchos renegados del comunismo, no perdió su espíritu agresivo y militante, y en mucho ese maniqueísmo del intelectual maduro puede provenir de esos años en que dividía al mundo entre revolucionarios y contrarrevolucionarios. Si un lector marxista logra superar sus escrúpulos (y prejuicios) para introducirse en la lectura de *El Despotismo oriental*, percibirá en los diversos pasajes de esta obra cierta tonalidad familiar. Como bien ha dicho Luciano Cafagna, se trata de “una monumental mezcla de trabajo científico y de panfleto”.

ENTREVISTA KARL AUGUST WITTFOGEL

El despotismo oriental fue reconocido como el análisis más completo de todos sus precedentes sobre el totalitarismo moderno y el stalinismo en particular. ¿El régimen soviético deriva directamente de Karl Marx? ¿Nos puede explicar por qué al contrario de tantos adversarios del comunismo soviético, usted continúa estudiando a Marx y lo considera su mayor maestro?

—El comunismo soviético deriva del desarrollo unilineal de la historia, teorizado por Marx en *El manifiesto comunista* de 1848 y por la centralización del poder que se posibilitó gracias a la organización del proletariado en “clase dirigente”. Pero, después de 1853, cuando Marx había abandonado la política militante, llegó a la conclusión de que la historia era plurilineal, que habían existido cuatro tipos distintos de sociedad: asiático, antiguo, feudal y capitalista, y que el modo oriental era radicalmente distinto del modo occidental. Mi concepto de despotismo no es justamente el mismo de Marx, pero le debe mucho a él, comenzando por 1922 y 1923. Marx no sólo escribió sobre el despotismo asiático basado en el control de los sistemas de irrigación de la Mesopotamia de Egipto o América Central, sino que en efecto dedicó algunos años a estudiar otras formas de despotismo oriental y escribió ampliamente sobre la tartari-

zación de Rusia y sobre el carácter semi-asiático de su sociedad. Espero publicar dentro de poco en Alemania todos los escritos de Marx sobre este último tema. Marxistas rusos famosísimos como Plejanov, reconocieron el carácter asiático y semiasiático de Rusia, sobre todo después del fracaso de la revolución de 1905. Plejanov, otros y el mismo Lenin vieron con temor que la revolución en Rusia pudiera terminar en la restauración de un despotismo peor que el de los zares.

No es un caso aislado que en las ediciones rusa y alemana de las obras completas de Marx y Engels no se encuentre el escrito sobre la tartarización de Rusia. Stalin y sus sucesores no quieren que se sepa qué es lo que Marx pensaba de Rusia. Después de haber reestudiado recientemente a Marx, lo encuentro mucho más rico y profundo de lo que me pareció en el pasado, más grande que muchos. No me puedo decir marxista porque sería una contradicción y una ofensa contra la ciencia, pero considero a Marx uno de los mayores “historiadores del mundo”, de aquella historia que Marx llamaba “la historia real”.

—Si había descubierto el concepto de despotismo asiático en 1922 y 1923, ¿por qué su libro no salió hasta 1957 y cuándo se dio cuenta del parentesco directo que existía entre el concepto de despotismo asiático y el



Stalin fusionó los elementos modernos de industrialización con la antigua regimentación despótica; el resultado fue años de hambre y represión.

stalinismo; de las extraordinarias similitudes entre los dirigentes del Partido, los managers y los burócratas soviéticos y los mandarines imperialistas y los burócratas de la antigua China? ¿Cuándo entendió la continuidad entre el despotismo oriental y el “gulag” o “Auschwitz”?

—Fui extremadamente lento para comprender todas las ramificaciones del concepto. Durante los años 20 era ya una idea controvertida. En 1924, por ejemplo, fui atacado por haber sostenido que Asia había tenido un desarrollo histórico distinto. El despotismo oriental comencé a trabajarlo en 1940 y el manuscrito no estuvo listo sino hasta 1955. Pero fue solamente en 1947-1948, después de descubrir lo

que Marx y Engels habían escrito sobre Rusia y lo que había escrito Lenin sobre el mismo tema, que maduré esta convicción: los socialistas podían ser responsables de brutalidades como aquella que yo sufrí personalmente bajo los nazis, e incluso peores. Fue Bujarin quien habló por primera vez del “bestialismo” producido por la convergencia de Stalin y Hitler. Pero, era extremadamente difícil reconocer qué era lo que el stalinismo había hecho por aquellos que compartieron por mucho tiempo la frase de Lukács: “comería mierda antes de permitir que me expulsaran del movimiento”.

Tomado de *Nariz del Diablo*, Quito, No. 6.